

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Martín Villa

## “Notas de viaje”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 65, julio-septiembre de 2023, pp. 35-38.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Que me disculpe el Che por piratearme el título de sus memorias...

Esta es la historia de un viaje que emprendimos por el norte de México durante los últimos días de febrero del presente año,

# NOTAS de viaje

Martín Villa

**No éramos ya, después de todo, los mismos que habíamos salido de la Ciudad de México aquel 12 de febrero. El gran motivo, en ese sentido, era que Francisco Villa se hiciera de carne y hueso.**

y que extendió sus cielos sobre nuestras cabezas para enamorarnos con sus mieles y sus leyendas. Este inhóspito lugar es el hogar milenario de una de las culturas nómadas más importantes para la región: los apaches. Este pueblo resistió durante siglos los embates del sistema novohispano, el cual trató de doblegarlo sin éxito; posteriormente, el contraataque de un reciente México independiente casi los extermina en una serie de combates, como la batalla de Tres Castillos, comandada por el falso héroe y asesino Luis Terrazas. Este norte al que me refiero es el mismo que mi amigo Pedro Salmerón estudia en su libro *La División del Norte* y segmenta en dos regiones: “El país de Villa” y “El País de Orozco”. En esta parte del país, los fríos del desierto durante el invierno son terribles y mortales, mientras que durante las épocas de calor, las sequías se vuelven regulares y prácticamente arrasan con todo ser vivo a su paso. Por otro lado, en la cotidianeidad se reflejan los conflictos históricos de estos poblados; basta con observar las estructuras de los edificios de estos tiempos, hechos de adobe, con muros gruesos, algunos incluso

adaptados con mirillas para disparar y defenderse contra intrusos; con techos sumamente altos para que nadie pueda escalarlos y prenderles fuego. La violencia del exterior y las guerras de las colonias del norte contra la apachería moldearon a la gente de estos lugares, les dieron su esencia aguerrida, y al mismo tiempo, los dotaron de un corazón enorme y hospitalario para cuidar de los suyos. Este es, descrito de manera sumamente breve, el lugar que albergó mis lágrimas y pensamientos durante las últimas dos semanas del mes corto y la primera semana de marzo. Más aún, estoy seguro de que este será el lugar que guardará mis convicciones y causas para el futuro.

Este viaje inició so pretexto de conmemorar y celebrar el Centenario luctuoso del general Francisco Villa, y aunque esta marcha buscó en su primera intención fungir solo como una serie de coordinaciones para organizar las actividades del Centenario en los principales estados y municipios villistas, la travesía se convirtió en otra cosa: una escuela vital para nosotros cuatro, viajeros inexpertos: mi hermano, Francisco; mi amigo y cola-

borador, Irving; Efrén, parte del staff; y yo, Martín. No importó si antes ya habíamos hecho viajes o no, siempre algo nos resultó completamente nuevo. Cada uno de los lugares visitados representó para nosotros un cúmulo de sentimientos: risas, molestias, temores. Disfrutamos, a su vez, de historias diversas, mitos y leyendas. Estrechamos las manos de una gran cantidad de gente nueva para al final despedirnos con un abrazo. Nos presentamos una y mil veces, pero así nos hicimos acreedores de pláticas que nos deleitaron, en ocasiones hasta ya muy noche, sin mencionar la riqueza culinaria que fuimos devorando día a día: carnes, salsas, tortillas, gorditas de harina rellenas de guisado, dulces de leche, semillas, quesos, etcétera.

El propósito de estas notas no es explicar al pie de la letra cada lugar o esquina del viaje, por una cuestión de brevedad. Mi idea no es generar un documento extenso, pues en las ya casi ochocientas palabras que van escritas, el reto es dejar consumado un breve bosquejo de lo que para nosotros cuatro significaron estas semanas en nuestro paso por el norte de México. En este pequeño recuento de lugares, no se plasma una crónica, ni un diario de vivencias o espacios, sino un recuento de escalofríos, aprendizajes, recuerdos y pensamientos que, sin notarlo, nos iban cambiando de a poco. No éramos ya, después de todo, los mismos que habíamos salido de la Ciudad de México aquel 12 de febrero. El

gran motivo, en ese sentido, era que Francisco Villa se hiciera de carne y hueso.

Con poco tiempo de antelación, y para tener algo que mostrar en el norte, reconstruimos una exposición fotográfica con 16 imágenes del general Villa, “moderna” en su instalación y fuerte en sus textos de sala. A este presente lo acompañaron 2 200 ejemplares de la antología de cuentos que titulamos *El espíritu de Villa*, de mi autoría, que a mitad de ruta tuvimos que reimprimir en Ciudad Cuauhtémoc y Ciudad Juárez pues se terminaron agotando. Ningún libro fue vendido, todos fueron entregados gratuitamente a quienes más los necesitaban. La impresión de este pequeño libro fue casi artesanal, y sin mucho capital para hacer ediciones de gran formato: hojas de papel revolución para los interiores, papel cartoncillo delgado para la portada, miles de grapas y cuatro engrapadoras especiales. Los productores en masa fueron mi novia Julissa, Israel y Ángel, profesores y alumnos de la preparatoria popular a quienes les debo toda mi gratitud. Todo esto representó una acción curiosa, pues el capitalismo y la división del trabajo aquel día previo a nuestra partida perdieron su gracia cuando la mercancía se olvidó de su esencia y pasó a convertirse en un humilde presente. Pero en fin, *El espíritu de Villa* es otra historia. Se mandó a hacer también, para este viaje, una réplica muy especial de la moneda “Muera Huerta” que algunos villistas acuñaron en Velardeña, Durango, en el año de 1914, y que Francisco Villa posteriormente utilizó para su gobierno revolucionario. Estas medallas fueron entregadas a los ciudadanos villistas más comprometidos con sus tareas en torno a la historia y sus labores en pro de su comunidad. Con esto y una

**Esta ruta continuó hasta Ciudad Juárez, para luego desparramarse por el lado este del estado grande, siguiendo la carretera hasta Chihuahua, y continuó hacia Gómez Palacio, Durango, y La Loma, donde se reunieron los ciudadanos en armas que conformaban la División del Norte con la finalidad de elegir, de manera democrática, a su jefe: Francisco Villa.**

firme esperanza de encontrarnos con quien supiera apreciar estos humildes presentes, partimos hacia el norte.

Nuestro viaje se vio forzado a iniciar un par de semanas antes, exactamente el día 12 de febrero, pues habíamos sido invitados a la reinauguración del Museo Francisco Villa en el estado de Durango, con motivo de su décimo aniversario. Desmañanados, nos montamos en la poderosísima “roba niños”, una combi en esencia, que así bautizó Irving.

Con mi carnal Francisco al volante el tiempo se fue rápido. Fuimos recibidos por el más villista de esta región, nuestro ami-

go Esbarido Carreño, quien desde hace años había representado a Francisco Villa en una serie de eventos y festejos. La celebración para este museo contó con la participación de Jesús Vargas, escritor villista, y Flor García, especialista en Nellie Campobello: sus palabras en conjunto fueron parte de esa gran primera reflexión que llevamos a cabo en este viaje. Nellie, hecha a contracorriente, representa a la mujer de un México donde solo Rulfo o Martín Luis Guzmán eran escuchados. Pero sobre todo, es la misma Nellie, villista hasta la muerte, la que pese a estar rodeada de un mundo contrarrevolucionario y antivillista, rescató a Francisco Villa de las penumbras a través de libros como *Cartucho*. En pleno siglo XXI le debemos mucho a Nellie Campobello no solo en el ámbito literario sino también en la danza. Ella y solo ella fue quien inmortalizó la frase “yo no bailo para fascistas” en una de sus visitas a Alemania, cuando Hitler pidió que bailaran una pieza para él.

Nuestro camino continuó por San Juan del Río, Dgo., lugar de donde es originario Pancho Villa, y donde solo pudimos estar unas cuantas horas para presentar el libro, una parte de la exposición fotográfica y obsequiar algunas medallas. En Parral nos presentamos durante tres días con descendientes de combatientes de la División del Norte, y utilizamos el Palacio Alvarado, administrado por nuestro amigo Martín Márquez, como base de operaciones para llevar a cabo nuestras actividades ya anunciadas. La siguiente reflexión provino de un amigo historiador: Parral, durante el mes de julio, se convierte en una especie de “Disneylandia” villista, lo cual hasta cierto punto nos pareció preocupante pues los espacios de reflexión quedan



*Insurrectos mexicanos con un cañón casero en Juárez [1911]. Archivo de la Biblioteca del Congreso. Col. Bain News Service. <https://www.loc.gov/item/2016826960/>.*

detrás de un escenario ocupado por una Gloria Trevi que ninguna relación mantiene con Pancho Villa mientras, por otro lado, el motociclismo y las cabalgatas que forman parte de ese villismo que intenta sobrevivir al olvido (que han querido ser sistemáticamente sometidos por los gobiernos que administran las jornadas villistas) quedan relegados; se hace claro que poco bien le hará este año al villismo la cantante Yuridia.

Partimos de Parral con destino a Ciudad Cuauhtémoc, antes pasando por “El país de Villa”, el cual comprende los siguientes lugares: San Andrés, Chuvíscar, y los ranchos de la Sierra Azul, Santa Isabel, San Lorenzo, Santa Rosalía y Santa María de Cuevas, Satevo, la Comarca de Huejotitán, Balleza, Namiquipa, Cusihiuiriáchic y Caríchic. Toda esta zona es “un estrecho corredor imaginario que baja desde las goteras de Chihuahua y el valle de San

Andrés, directamente hacia el sur hasta los confines del estado, incluyendo algunas poblaciones del extremo norte de Durango” (Salmerón 2006, 34-35), como el mineral de Guanaceví. Estas regiones le obsequiaron sus mejores hombres al villismo, siendo este puñado de revolucionarios algunos de los más aguerridos y rebeldes. Esta zona, ya fuera ocupada para arreglarse después de una derrota, o para prepararse antes de un ataque, resultó casi siempre eficaz para los ejércitos norteños de Villa.

En Cuauhtémoc, el Centro Cultural San Antonio nos proporcionó una nueva base de operaciones para continuar. En estos lugares conocimos a Raúl Manríquez, administrador de este espacio, quien a su vez nos presentó con los cronistas de esta ciudad, los profesores Marcelino Sánchez y Fernando Suárez. Ambos representaron para nosotros, en

este viaje, uno de los aprendizajes más importantes: nos explicaron cómo el villismo se había construido en medio del conflicto, pues antiguos villistas de esta zona tuvieron que pelear contra las defensas sociales (1916-20), que Venustiano Carranza como presidente había ordenado crear. El meollo del asunto se hallaba en que esos mismos defensores también habían sido villistas. Muy tarde, dijo el buen Marcelino, los villistas habían comprendido el manipuleo de Carranza.

Mientras imprimíamos más copias de nuestro libro, conocimos al profesor Ramiro Franco, quien nos invitó a visitar la población de Guerrero, tierra de luchadores colorados como Pascual Orozco, José Inez Salazar y mujeres defensoras de la Revolución. Aquí nos encontramos con la grata sorpresa de volver a ver al amigo e historiador Víctor Orozco, que es estudioso de la historia de

la región, del villismo, orozquismo, magonismo, etc. A partir de estos poblados comenzaba lo que Pedro Salmerón llama “El país de Orozco”. Ese mismo Pascual Orozco que a partir de 1912 desconoce al apóstol de la democracia Francisco I. Madero, situación que enemistó a Pascual y a Pancho, pues este último se mantuvo leal al gobierno. Familias descendientes de combatientes orozquistas se hicieron presentes en varias presentaciones y actos públicos, tanto en Guerrero como en Casas Grandes, y la verdadera crítica al villismo comenzó.

A las tres de la tarde salimos de Guerrero con dirección a la ex-hacienda de San Jerónimo, lugar donde se concentran los jinetes que participan en la cabalgata binacional, iniciando en el municipio de Bachiniva, y culminando en Columbus, Nuevo México. Este histórico lugar guarda en sus paredes los recuerdos de los casi seiscientos hombres que atacaron ese mismo poblado norteamericano el día 9 de marzo de 1916, pues de ahí, el general Villa planea e inicia su marcha hacia el norte. Este combate, aunque insignificante en términos militares, cambiará la vida de los dos países para siempre.

En Nuevo Casas Grandes, en compañía de Miguel Méndez, cronista de la región, logramos obtener una de las conclusiones más importantes: hay municipios que se encuentran listos para montar espacios de reflexión histórica tanto para “villistas” como para “colorados” en conjunto. Estas reflexiones tienen un alto nivel de coraje y compromiso, solo equiparables al perdón que los pueblos heridos por la violencia se otorgan mutuamente, como en el

caso de las tribus africanas o los estados europeos. ¿Cómo será posible para un pueblo tan herido avanzar si no es capaz antes de perdonar y sanar sus propias heridas ocasionadas por sus propios hermanos? Estas reflexiones necesariamente deben ir más allá de las interpretaciones vanguardistas e hiper especializadas de la historia que no permiten reflexionar acerca del proceso, pero que sobre todo les permiten olvidarse de su entorno a algunos pseudo historiadores de corriente conservadora.

Esta ruta continuó hasta Ciudad Juárez, para luego desparramarse por el lado este del estado grande, siguiendo la carretera hasta Chihuahua, y continuó hacia Gómez Palacio, Durango, y La Loma, donde se reunieron los ciudadanos en armas que conformaban la División del Norte con la finalidad de elegir, de manera democrática, a su jefe: Francisco Villa. En sus cercanías, y por la tarde, pudimos saludar al presidente Andrés Manuel López Obrador, quien se encontraba verificando los avances de una presa, pues los problemas por el agua aún persisten en aquella zona. El viaje prácticamente culminó esa misma noche cuando visitamos, por último, el estado de Zacatecas.

La reflexión final la encontramos en las armas de la Revolución. En Janos, Chihuahua, recibimos un bote de Nescafé de manos de nuestro amigo Flavio Talamantes, descendiente del general Porfirio Talamantes, quien perdió la vida en la batalla de Tierra Blanca a fines de 1913. Cada año, Flavio y su familia van a ese lugar a buscar lo que se pueda encontrar con un detector de meta-

les, y ahí entendí la siguiente frase que, quizá, esté parafraseando incorrectamente: “la noción de la victoria es un concepto perteneciente al capitalismo”. Ahí comprendí que la Revolución y el villismo están vivos. Entonces entra la historia de Rafael Mendoza: mexicano, nativo del pueblo de Santo Tomás, Chihuahua, integrante de la División del Norte especialista en armas, quien modifica el armamento utilizado por las tropas villistas, y que al finalizar la Revolución viaja a Estados Unidos, donde posteriormente inventa las metralletas M1 y M11. Una de las últimas armas que tocan las manos del Che Guevara, días previos al 9 de octubre de 1967, cuando es asesinado, será un M1.

Esta es la historia de cómo una revolución popular aparentemente derrotada le dio las armas a otra revolución para hallar su destino. La revolución es un proceso permanente: las ideas y las herramientas del proceso mismo conforman un camino continuo, donde al fin y al cabo no existe ni una derrota total, ni una victoria completa.

Ahora sí, Ernesto *Che* Guevara, estamos a mano. **LPyH**

#### REFERENCIAS

Salmerón, Pedro. 2006. *La División del Norte*. México: Planeta.

**Martín Villa** (Ciudad de México, 1996) es licenciado en Ciencias Políticas y Sociales (FES Acatlán, UNAM). Autor de *50 frases villistas* y *El espíritu de Villa*. Trabaja en la Preparatoria Popular Fresno Mártires de Tlaxiaco y funge como presidente de la Fundación Visión Villista.